

DOLOR PÁRVULO

Categoría: Sénior

“Gárgola Silente”

“A las niñas del “Barrio Pobre” que sufrieron violencia y nunca leerán este relato. Y para aquellas mujeres que se casaron con la promesa del amor eterno, y con el tiempo, tuvieron que enterrar sus sueños bajo el techo de una chabola llena de machismo y brutalidad”.

En aquellos años 60, en el gueto de pobreza del “Barrio Pobre” se ignoraban muchas cosas. No sabíamos lo que era la democracia, la libertad, la igualdad... incluso para muchos, la mujer no era una persona. En el “Barrio Pobre” no teníamos agua y apenas luz. Los niños trasteábamos jugando todo el día por la calle o en el campo que delimitaba las casuchas. Las niñas, resignadas y obedientes, encrespadas o sufridas, apenas salían de casa arrastrando un sinfín de censuras y obligaciones solo por el hecho de ser niñas... futuras mujeres. La última vez que vi las casas del Barrio Pobre, las espigas de humo cabecearan sobre los tejados mientras me iba alejando a un largo destino, Canadá. Sesenta años después, regreso de nuevo al barrio, comprobando que sus calles y casas, están un poco mejor que las de antes.

Cómo explicarte hermanita, que papá mató a mamá. Tú, tal vez no llegaste a enterarte del todo, Elena, pero la punzada del miedo flotaba en nuestra casa cuando papá regresaba amaneciendo. El maltrato es un demonio que cuando te alcanza no hay forma de defenderse. Cada amanecer era lo mismo. La blasfemia precedía al portazo. En ese momento yo me hundía bajo la almohada para no oír nada. Mamá desde ese instante era una marioneta en los brazos de papá. Era el rostro desinhibido y maléfico de un macho lleno de alcohol que cruzaba la puerta dando tumbos y voces. Con toda la fuerza de la sinrazón agarraba del pelo a mamá, la atrapaba contra la pared exigiéndola un beso o, dinero para seguir gastando. Ante la negación de mamá, - porque no teníamos donde caernos muertos-, la escalada verbal se tornaba violenta, cruel, humillante; con la intención de hacer el máximo daño. Violencia entremezclada con frases como su: “¡No puedo vivir sin ti!”. Cada vez que regresaba a casa de madrugada era lo mismo. Cara, vientre, costillas de mamá, recibían sin compasión golpes con una violencia feroz. Una de aquellas mañanas en que la trifulca de papá nos levantó a ambos temprano, mamá te mandó a por un poco de agua al pilón pues papá había destrozado a golpes el cántaro. Ella trataba de curarse, lavarse y disimular las heridas sin atreverse a salir de casa. Disfrazada de falsa golosina, apareció algo verde, redondo, que no supo avisar; era un brillo mudo en el fondo del pilón donde lavaban las mujeres. Tu párvula mano madrugadora y nerviosa la quiso coger para desquitarse de muchas penurias, para vengarse de no tener qué comer, y mucho menos el lujo de lo dulce. Metiste la mano en la frescura del agua con cándida necesidad atrapando la bola verde. Tú, no sabías más que de hambres y tras tragártela creyendo que era de caramelo caíste fulminada. ¡Era sosa caustica! Allí fueron los gritos. El espanto medroso. Esos tumultos de la muerte cuando ha habido desgracia. Una adversidad inmensa resumida en el cuerpo de una niña de ocho años. Tus

dulces ojos desencajados a la vera del pilón, la lengua fuera, recocida por el abrasamiento; rezumando la hirviente saliva. Así te perdí, hermana, cuando yo tenía once años. Los hechos que acontecieron después de tu muerte, agravaron la pérdida con otra pérdida profunda y dolorosa, la de mamá. Luego de los tristes sucesos mis tíos me llevaron lejos, muy lejos, con los recuerdos y el dolor. Cómo duelen los recuerdos cuando uno regresa al lugar de los hechos. Un poco más allá del Barrio Pobre está el cementerio. Ahora, camino por él entre un mar de recuerdos, de túmulos de tierra y de cruces desmochadas sin nombre. Ni siquiera sé dónde estás enterrada Elena, pero sí te digo, -tú ya lo sabes hermanita- que yo siempre te llevé en el corazón. He vuelto Elena, porque me estoy haciendo viejo y tengo nostalgias agrídulces envueltas en espinos añejos, porque tengo la necesidad de rememorar, de contarte desde esta amarga tierra, hechos del barrio pobre que no llegaste a ver y comprender por tu marcha prematura; como lo que aconteció la noche de la jornada de tu entierro.

En aquellos tiempos, recordarás hermana, nuestra calle, con solo una hilera de casas situadas a las afueras del barrio, era un suspiro de adobe donde las niñas al atardecer de los domingos y, fuera de obligaciones, queríais ser tan altas como la luna saltando la cuerda; y, al cielo elevabais vuestros cánticos con tanto frenesí que, a punto estabais de alcanzar las estrellas ignorando aún que la realidad de la vida os tenía ya bien sujetas a la tierra con la cadena de la desigualdad. Luego, en un alarde de equilibrio, a pata coja, deslizabais con el pie un trozo de baldosa por el dibujo del suelo compuesto de cuadrículas numeradas; era el juego de la “rayuela”; y ese ir a pata coja era un claro anticipo de vuestro devenir social: *“la mujer, con la pata quebrada y en la cocina”*. A su vez, los niños después de descubrir que, aunque era domingo tampoco había nada que merendar, íbamos a la cantina para ver si nuestros padres, o sus amigos, invitaban a algo o nos daban una perra gorda si iban ganando en el juego de cartas. En aquel ambiente de humo, vino y copas de coñac, influenciados por el programa de radio que informaba de los partidos de fútbol en aquella España en blanco y negro; luego los niños en el descampado de enfrente, con una pelota desinflada rellena de trapos viejos, íbamos dándola patadas y anhelando llegar a ser futbolistas para alejarnos de la pobreza. Chicas y chicos por separado jugábamos alegres, inconscientes, sobre un catálogo de olores hacinados que estaban compuestos por ácidas meadas de gato; el orín de machotes en oscuros rincones y, un trajín de borrachos y trifulcas que comenzaba a la puesta de sol junto a nuestra casa, donde había una cantina. Tú preguntabas ingenua: *“¿Por qué entran solo hombres? ¿Por qué mamá...?”* Pero solo escuchabas silencio, vacío, nada... como cuando indagabas por qué pasábamos tanta hambre o, por qué solo tenían que hacer las labores de casa las niñas... Y qué decirte de esa encorvada mujer que camina por la orilla del río escudriñando –por si acaso hay milagro- los cuatro frutales secos. No hay fruta, pero, sí hay hambre. Observa que su vista, una y otra vez se pierde entre las ramas secas, despojo de esqueletos que fueron verde esperanza; ya ves, hermanita, solo muerte esperando muerte en nuestro Barrio Pobre. Repara en su imagen, esa enjuta talla que camina,

esas prematuras arrugas a la solana de estíos agresivos, esa masa de hambre y miseria movida por la necesidad, ese corazón desclavado del pecho por avatares y negaciones, ese corazón enfermo que la imposibilita para casi todo; esa carne macerada por sinsabores sucesivos, carne joven, desgarrada por el maltrato de su marido, golpeada, vejada, malquerida; enclaustrada entre las cuatro paredes de su casucha para desempeñar lo que “hay que hacer” allí. Esa mujer que asume –resignada y equivocada- que su marido la golpee porque es así, porque la sociedad lo entendía entonces como normal, y era de derecho que el hombre golpeará a su mujer. Mírala bien, Elena, porque es nuestra madre. Yo sé que, a ella, enamorada, –a pesar de todo lo malo- de su hombre, de sus hijos, le gustaría ofrecernos una quimera: engarzados en soles, dos zarcillos de frutas maduras y, un vestido nuevo para ti, que eres la pequeña... Es momento de que te ilustre sobre esta hija de pastores, llegada hasta este Barrio Pobre por necesidad y amor que es nuestra madre. Ella sabe que tiene un marido que no la ayuda, que la maltrata, que no la sabe amar. Y dos hijos, tú y yo, alevines bronceados que relumbran, cuerpos espigados sin más juguetes que el sol, las estrellas y su imaginación. Ahí tienes a nuestra madre, hermanita. Observa como mira a sus dos desvalidas criaturas sin ver su horizonte; y cómo angustiada intenta evitar la quiebra, ese querer y no poder, esa insaciable boca de hambre perenne que engulle a las tierras, a los campos, a las almas... Siente ese grandioso amor de madre que no le cabe en el pecho, amor que solo puede darte una mujer. Mírala rebuscando espigas deslumbradas en campos asolados de mies; mira cómo de la arisca viña de esta sociedad injusta y machista, solo extrae uvas de sarmiento reseco. Y de vuelta a casa, con las manos vacías, leerá, -una vez más- mientras borbotea el agua del puchero, la página inmensa de su vida, llena de vejaciones, maltratos, miseria y soledad.

Elena, aquel hombre que regresa ya noche cerrada a casa, huele a cuba de taberna, a vino rancio huele. Es recio como un olmo arrogante en medio del páramo. Con su pañuelo de colores anudado al cuello. Con un sombrero de paja protegiendo sus cabellos, su cabeza y, los ideales que el tiempo y la fortuna han ido agostando. Ese hombre es papá, nuestro padre. La tierra cruje bajo sus pasos. Míralo, altanero, haciéndose notar. Mamá dice que es bueno, que solo la golpea cuando bebe, pero que cuando bebe también pega a los demás... ¡Qué pena! El cariño de mamá es amor sembrado en baldío. Nada más enterarse de tu desgracia, papá culpó de tu muerte a mamá. Era ella la que tenía que haber ido a por el agua –maldecía-. Pero mamá, -tú lo sabes- Elena, tenía mal el corazón, y aquella mañana después de la paliza que le dio papá se sentía muy indispuesta y no se tenía de pie.

El día de tu entierro papá no vino a dormir a casa. Esa noche, desde la cama oí cómo papá, borracho, llamaba de madrugada con encendida furia a la puerta entre blasfemias y amenazas. Mamá se vistió hablando a media voz. Ella temía mucho a papá cuando venía borracho, pero, abrió la puerta y salió. Desvelado, una hora después, al escuchar un fuerte alboroto en la calle, salí para ver qué ocurría. Dos guardias impedían que las gentes, muy

perturbadas, entraran a la cantina. Con la luna llena de las cinco de la mañana cayendo a plomo, abrieron paso a la Cruz que portaba el cura. Minutos después, vi salir de la cantina al médico, al cura y, a mi padre entre guardias esposado, después salió un humilde ataúd, cuando cruzó aquella caja delante de mis ojos se me doblaron las piernas desolado y caí al suelo. Nadie se percató de mi presencia. Yo miraba sin ver. Sin comprender nada. En la oscura puerta de la cantina, los comentarios de los mayores titilaban como sombras tenebrosas en la madrugada. Una anciana salió de su casa con una vela encendida que depositó en la puerta de la cantina, Y todos pasaron a sus casas para encender velas. Y llenaron la puerta de murmullos y puntos brillantes.

A la mañana siguiente vinieron a buscarme temprano unos señores trajeados. No me dejaron asistir al entierro de mamá. En el edificio donde me internaron, ni me moví siquiera. Me llamaban por mi nombre y apellidos, pero, no me enteraba de nada. Un mes después vino tía Alicia y me llevó con ella a Quebec. Después de coger mi escasa ropa, mientras me alejaba del Barrio Pobre, las espigas de humo cabeceaban sobre los tejados, elevándose al cielo como se elevaba mi tristeza ahora en este Campo Santo recordándoos. De la barbaridad que cometió nuestro padre con mamá, fui consciente mucho tiempo después. Ahora sé, que no fue el vino el que le nubló el sentido; fue esa amarga raíz de violencia machista que nutre con su savia venenosa la enredadera de la desigualdad. El recuerdo aciago que me quedó de todo aquello, con el paso de los años un sicólogo me enseñó a dulcificarlo. Desde entonces sueño una y otra vez que tú y yo, Elena, estamos sentados a la puerta de la casa del Barrio Pobre. Alegres miramos las casitas de adobe, los chopos, el río, los desmontes... De pronto, por la calle aparece nuestro padre. Mamá sale a su encuentro, se besan, se abrazan y, cuando papá pasa a nuestro lado, nos acaricia rudamente la cabeza...

Lo primero que perdimos Elena fue la infancia, la infancia que corría con su pie ligerísimo, la infancia agreste, la camada de tórtola en aquel chopo junto al río, el verano mordido de estrellas, una cocina blanca, y ese cuarto cerrado, "tal como estaba cuando papá arrastraba a mamá para vejarla y golpearla". Y en donde, la incansable ceniza del tiempo caía ardiente mota a mota sobre nosotros. Despertábamos y veíamos a mamá encender la cocina con manos agrietadas, manos mordidas por la intemperie diaria del trabajo rudo. Cuando estaba el desayuno mamá nos llamaba... Yo lentamente me levantaba y me vestía. Y allí estaba mamá, entre sollozos y labios amoratados... cerrados... y el silencio en los rincones gritando, mi pupila asombrada huyendo de algo adulto, hasta que aparecías tú, ese disco de luz ¡Oh pureza! ¡Pureza! Luego de vuestra ausencia tuve mucho que aprender, caminando siempre, abriendo siempre el camino de la igualdad; comprometido con el cambio del comportamiento machista... pero de la infancia... ¿Qué diré de nuestra infancia? ¡La perdimos! Yo, ¡Os perdí a las dos! Siempre he tenido presente el dolor de vuestra ausencia. Y aunque después de tantos años no sepa bajo que túmulo de tierra reposan vuestros cuerpos en este desmadejado Campo Santo. Sé que vuestras almas ocupan un inmenso y bello espacio en mi corazón, y allá, en el cielo.